

Hechura de hornero

Hechura de hornero
en el corazón de un sauce develado.

Febrero aprisionó estrellas en su red de lluvia
para abandonarlas en el lomo del río.

Hay un trino engarzado en la melena de los choclos
y al anochecer un responso de sapos.

Bebéndome tu imagen casita de hornero
para cuando te diluyas en
la humedad de mis pupilas.

En el dintel
las alas con que fugitiva y amante
a veces retorne a la tierra,
olvidé fronteras.

Hechura de hornero,
angustia, ansia y arcilla,
retoño de mi sangre,
te siento raíz y simiente
donde se torna dolor
este viejo sueño de distancia.

El mundo de Julio Ameller

Aquí, en el reverso del apuro
en este mundo tuyo distante del miedo
y los insomnios del hambre.

Atrapada
en los peces y luciérnagas
que todas las tardes
te pigmentaron las pupilas.

Confundida
en la palabra -hecho- invocación, palabra
para decir el tiempo
sin odres de angustia ante el asombro
de los dioses cotidianos.

Husmeando tu plegaria sin adjetivos,
sin mariposas muertas en el filo del salario:
tu vida con calendario apenas
para comerte las alas
un poco cada día.

Aquí en tu universo sin hilvanos,
para siempre confundida
en tu mundo de poeta.

Mary Monje Landívar (1936). Conocida poeta
beniana, radica en la ciudad de La Paz.

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urquieta Molleda
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez
Eduardo Kunstek Montaña
Edwin Guzmán Ortiz
Erasmus Zarzuela C.
COORDINACIÓN: Berny Salinas Aramburo
Benjamín Chávez Camacho

Zona Franca Oruro con nuestra Cultura

Los vitrales del sueño

Don Tomás construyó su molino, a la sombra de un ceibo maduro.
Era aquel un cuarto pequeño con dos ventanales, por donde escapaban
grandes bocanadas de harina de trigo.

Todos los días, muy de madrugada, aventando los sueños rezagados de
la noche en fuga, don Tomás hecha a andar su molino.

Se descuelga el agua por el canal pendiente;
choca con las aspas y se deshace en miles de cristales brillantes.
Las piedras despiertan.

Hay como un bostezo... y después el acento profundo... ¡La voz del molino!

Entonces el peral extiende sus brazos gigantes. El molle sacude su cabeza
vieja y la mejorana se lava la cara en el agua fresca.

¡Tan!... ¡Tan!...

El reloj del pueblo da seis campanadas.

En la blanca habitación pegada al molino despierta Azucena. Es una niña
de trenzas sombrías y de tez lunada.

- ¡Papá!... -grita - ¡Papá!...

Don Tomás se acerca con pasos ligeros.

Apenas su figura se dibuja en la puerta, la niña le dice:

- Anoche soñé con mamita. Tenía su pelo largo adornado de camelias
recién florecidas, sus ojos verdes, tan verdes y oscuros como los detenidos
remansos del río.

Azucena - me dijo - Ahora que eres la única mujer de la casa, cuida de tu
padre, del tiesto de mirtos y de nuestra única gallinita blanca.

¿Sabes? - continuó - Cuando calle el molino a las seis de la tarde; cuando
veas tristes los ojos de tu padre; tomáale la mano y escudriñen juntos el azul
del cielo.

Yo estaré presente en la primera estrella.

Desde allá les enviaré, caricias en los rayos y en la luz, los besos que aún
duermen en mi boca.

Luz Aparicio. Escritora
bolisiana nacida en Tarija.

El augurio

- Alguien de tu familia morirá antes que tú. Cuando así lo veas,
preparate para partir -le dijo la Muerte a don Zoilo Vaca Suárez, el
hacendado.

Acostumbrado a derrochar salud a mano abierta, don Zoilo no creyó
en aquel augurio de la Muerte, que lo visitó una tarde de lluvia en El
Paurito, su casa de hacienda. Hombre con sesenta años encima, curtido
por el sol de las llanuras, con unas manazas huesudas que abrían botellas
de cerveza palanqueando con el pulgar, no se amilanó, pese a que había
visto a la Muerte en toda su magnitud abrumadora: la blanca des-
lumbrante de sus huesos y la terrífica oscuridad impenetrable de sus
órbitas bajo la negra capucha. No dio ni un paso atrás, ni por la ineluctable
guadaña que centelleaba en el fragor de la lluvia. Lejos de asustarse,
sonrió con la soberbia que lo hizo famoso en la región.

Don Zoilo Vaca Suárez montó su caballo con la misma agilidad de
treinta años atrás y salió al trote para ver las jornadas del campo. Desde
el relente de su sombrero de saó sus ojos dominaron toda la extensión de
la llanura. Sintió profundo orgullo viendo a sus ocho hijos, fornidos
hombres de campo, arreglando las alambradas, domesticando potrillos,
conteniendo la invasión del monte o curando a las vacas atacadas por el
boro.

Por mucho tiempo don Zoilo olvidó aquella fantasmagórica aparición.
Ni siquiera las tardes lluviosas, en que la selva se estremece con los
surtidores de agua, le recordaban a la Muerte. Enérgico y seguro de sí
mismo, seguía vigilando con ojo avizor la multiplicación del ganado y
dedicando, el resto de su tiempo, al cuidado de su joven esposa, sus ocho
hijos y Pinocho, un loro mimado que decía oraciones en latín y saludaba
ceremoniosamente a todo el que visitaba la hacienda.

¿Quién podía morir de su familia si todos gozaban de buena salud?
Esta fue la pregunta que don Zoilo se hizo, sin preocuparse demasiado,
la vez que la Muerte volvió a visitarlo y repetir la advertencia:

- Alguien de tu familia morirá antes que tú. Cuando así lo veas,
preparate para partir.

Don Zoilo hubiera olvidado aquella nueva visita de no ser testigo, dos
días después, de algo que lo turbó definitivamente:

-¡Me muero! -gritó Pinocho, el loro mimado, y cayó desde su estaca bajo
el cupesi.

Alfredo Medrano (1944). Periodista
escritor, radica en Cochabamba, su
tierra natal.